

EL HOMBRE ADICTO:
UNA HERMENEÚTICA DEL SENTIDO EXISTENCIAL
(En memoria del profesor Ángel González Álvarez)

por Jose Luis Cañas,
Universidad Complutense.

Se cumplen ahora cincuenta años de la publicación de uno de los libros más influyentes del siglo XX y uno de los más significativos de la literatura filosófica de todos los tiempos, *El hombre en busca de sentido*¹, y, lejos de estar derogado, resulta que a estas alturas del siglo aún nos sigue predisponiendo a “convertirnos” a la *Filosofía del sentido*. Ciertamente, la lectura del impresionante relato de la experiencia límite que vivió Viktor E. Frankl en los Lager nazis, nos confirma que **la búsqueda de sentido** sigue siendo una asignatura pendiente —y urgente— para la filosofía actual, pero sobre todo para el hombre de a pie actual. Albert Camus, autor por otra parte nada sospechoso de trascendencias, ya escribió en 1942 que “existe un solo problema filosófico verdaderamente serio: juzgar si la vida merece o no merece ser vivida”², es decir, si tiene o no sentido la vida.

A Gabriel Marcel, estando en un servicio de información a los familiares en la retaguardia de la Cruz Roja Internacional durante la Primera Guerra Mundial, le sucedió que se “convirtió” a la filosofía existencial desde la filosofía idealista, en la que había bebido durante sus estudios académicos de la Sorbona. En aquella tragedia humana nada tan alejado de la realidad como para hablar de una persona como una mera baja, en una ficha, para sus seres más queridos. No era posible abstraerse de la humanidad. Y ahí, justamente en la humanidad de lo más humano, encontraría Marcel *el sentido* de su propia vida³.

El hombre es siempre el Hombre. Y, por tanto, siempre le merecerá la pena intentar encontrar el sentido a su vida, una vieja-nueva interpretación de los datos existenciales que le preocupan singularmente en su contexto “actual”. De ahí mi atrevimiento al intentar también aquí y ahora, en el libro homenaje a la figura de un hombre apasionado por ayudar (eso es educar) a otros hombres, intentar —digo— alumbrar

¹ Frankl publicó en el año 1946 por primera vez *El hombre en busca de sentido* en Alemania (bajo el título *Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager*). En el presente trabajo cito la versión castellana de *El hombre en busca de sentido (un psicólogo en un campo de concentración)*, prólogo de G.W.Allport. Barcelona: Herder. 1993 (15ª. edic.).

² *El mito de Sísifo* (1981) Madrid: Alianza, p. 59.

³ Un estudio sobre las dos “conversiones” (existencial y espiritual) de G. Marcel puede verse en mi tesis doctoral (1988) *Metodología de lo trascendente en Gabriel Marcel*, Ed. Complutense, Madrid, pp. 59-76.

una *hermenéutica del sentido* para el hombre actual, desde un contexto existencial muy peculiar: la esclavitud de *las adicciones*.

SITUACIÓN LÍMITE

El sentido de la vida se le pone a prueba al hombre en las situaciones límite (Jaspers), como en un campo de concentración, o en una Guerra. En la actualidad post-moderna de nuestras sociedades quizá la situación más parecida a una situación límite sea el hermético mundo de las adicciones y de los adictos, que afectan a muchos esclavos de sí mismos, es decir, personas atrapadas en “su” envolvente y angustiosa situación existencial.

Expertos en el campo de la rehabilitación de toxicómanos están confirmando claramente que “cualquier persona que desarrolla una drogodependencia genera en sí mismo un conflicto de tipo existencial que le hace perder el interés por el mundo que le rodea y, en definitiva, perder el **sentido** de su propia existencia”⁴. De modo que si esto es así, podemos concluir que el sentido de la propia vida hoy día lo habrían perdido millones de personas afectadas por las adicciones en todo el planeta.

El año 1994, la ONU estimó que al menos cuarenta millones de personas consumen drogas de forma regular en el mundo. Según Butros Gali, el consumo de drogas se habría extendido a niveles de epidemia (pandemia) porque se considera que ha llegado ya a todos los rincones del planeta. En cualquier caso, parece que los hábitos varían con rapidez y hoy debemos hablar de policonsumo y de un inicio a edades más tempranas. Las drogas de diseño, por ejemplo, tienen un proceso de producción y colocación en el mercado muy rápido, porque la tecnología hace posible su elaboración a partir de productos farmacéuticos al alcance de todos, y se colocan en el mercado con enorme rapidez. Ello significaría que cada vez va a ser más amplia y diversa la oferta, más barata y fácil de alcanzar, lo cual nos llevaría a aventurar sin esfuerzo que en un futuro próximo aumentará el número de personas adictas.

Pedro Casals, en su reciente novela *Las amapolas*⁵, nos describe perfectamente el amplio y siniestro futuro que tiene la **heroína** a escala planetaria, por poderosas razones comerciales internacionales. Pero la causa profunda, la causa última siempre será de tipo existencial: mientras la cocaína esninfada, por ejemplo, sólo acelera la ansiedad y la hiperactividad de las personas, la inyección de heroína las “transporta” *in situ* a una especie de huida del dolor de la realidad. Y a pesar de su doble filo moral de SIDA y sobredosis, podemos estar seguros que la mayoría de los adictos, después de probar todas las drogas del mercado, al final terminan cayendo en la heroína.

Pensemos, por ejemplo, que antes el hombre se drogaba por algún “motivo” o causa desencadenante, o una desgracia, al menos aparente. Hoy día, sin embargo, los jóvenes se hacen adictos sin motivos aparentes: comienzan a consumir drogas por diversión, porque lo hacen los demás, por el atractivo de lo nuevo y prohibido, porque se aburren... y por pocas cosas más. Sin embargo, hemos de pensar que debajo de estas inconsistentes “razones” hay una razón profunda: la sensación de **falta de sentido** de sus vidas. La necesidad de trascender y trascenderse les lleva a buscar la

⁴ Cf. RUIZ DE ALEGRIA, A. (y otros), “El fenómeno de las drogodependencias desde Proyecto Hombre (Ponencia). En *Actas del Primer Congreso Nacional Asociación Proyecto Hombre*, 16-18 nov. 1994, Vitoria, pp. 32-39. El destacado es mío.

⁵ (1995) Barcelona: Plaza y Janés.

felicidad donde no está. Las desgracias personales de alguna manera retan al hombre a superarse y a superarlas. En cambio, la sensación de falta de sentido existencial conduce al *vacío*, y al trágico fenómeno de la indiferencia vital.

Es decir, la frustración existencial es el caldo de cultivo para las adicciones, no sólo para “olvidar las penas” de antaño, sino por el “valor” añadido de poder experimentar un mundo ilusorio, unas metas ilusorias, un intercambio de vivencias ilusorias por aburrimiento. Se busca en la “ilusión” el remedio para llenar el vacío existencial. Desgracia y sufrimiento, por una parte, y hastío y aburrimiento mortal, por otro, tientan al hombre a escapar de la realidad, a huir de su realidad. El resto de las causas, como las condiciones de vida infrahumanas, la agresividad, la curiosidad, el estrés escolar, las malas relaciones de la pareja, etc., no afectan al núcleo profundo del problema. El núcleo profundo se halla en el corazón: el sin-sentido existencial o la falta de ideal.

La sensación de falta de sentido empuja al hombre a una profunda angustia existencial, se manifiesta en un exceso de violencia absurda y de depresión peligrosa y en el recurso a la droga. Se puede desahogar mediante la violencia o el placer (cualquier tipo de placer), pero ¿dónde queda la satisfacción? ¿No le queda más bien frustración? Si el hombre no tuviese necesidad de concebir su vida en un contexto de sentido, no sería posible su frustración. Si el interés primario del hombre se centrara en conseguir placeres, tendría que sentirse sumamente satisfecho en nuestras sociedades. Pero sucede al revés: del estado de frustración existencial nace la necesidad de consumir drogas.

Y una vez “enganchado” su actitud consumista la describió perfectamente Kierkegaard en *La enfermedad mortal*: «El hombre inmediato se enlaza inmediatamente con lo otro, deseando, anhelando, gozando, etc., pero en definitiva siempre pasivo. Incluso cuando anhela, este yo no es más que un dativo, como le pasa al niño que siempre está diciendo **para mí**. Este hombre no conoce otra dialéctica que la de lo agradable y lo desagradable...”⁶.

EL PLACER POR EL PLACER

Las adicciones son una salida equivocada a la necesidad del hombre, casi instintiva y universal, de buscar el placer y anestesiar el dolor, de olvidar las frustraciones de la vida, de evadir o negar sus conflictos internos y alterar su conciencia para escapar de la angustia existencial que a veces le embarga, y sobre todo de su necesidad de trascenderse y ser feliz.

Poner como criterio de vida exclusivo la búsqueda de placer, produce insatisfacción, ansiedad y tensión. La búsqueda de situaciones placenteras instantáneas es tan sutil, que es saciada por infinidad de acciones y sustancias utilizadas como droga. “Probablemente en el mecanismo de acción de estas sustancias, las drogas, en el centro del placer del sistema límbico, se encuentre el verdadero drama de las politoxicomanías. Esto explica que las distintas sustancias utilizadas como droga consigan lo mismo: placer, intenso e instantáneo”⁷.

⁶ (1969), Madrid: Guadarrama, p. 110.

⁷ PARDO UNANUA, E. (y otros), (1990) *Familia, droga, control de natalidad ...*, Zaragoza: Ed. Grupo de Estudios Periféricos, etc. p. 122. Ver también CARDONA PESCADOR, J. (1988), *No te rindas ante... la droga*, Madrid: Rialp. También lo trata FIZZOTTI, E. (1994), *Para ser libres*. Madrid: Ed. San Pablo. Etc.

En un reportaje ofrecido por TVE sobre la larga marcha emigratoria de una tribu del Alto Volta, observa López Quintás que podía verse a los negros sedientos, casi exhaustos, caminar pesadamente sobre una tierra resquebrajada por la sequía. Se temía en cada momento —añade— que iban a desplomarse al suelo. Tanto más impresionantes era verles en tal situación límite recoger sus últimas fuerzas para susurrar un canto o hacer sonar breves notas melancólicas en pequeñas flautas que se entretejían con sus sarmentosos dedos. En verdad, lo último que parecían dispuestos estos despojos humanos a perder era su capacidad de juego, su poder creador de ámbitos de expresividad y belleza (1993 b, 42-43).

Esta es la fuerza colosal de la esperanza que echaría por tierra las teorías deterministas sobre las adicciones y los drogadictos, teorías que vinculan dilemáticamente las influencias del entorno y las posibilidades creadoras, como si el hombre se redujera a un mero juego de fuerzas impersonales. En las circunstancias más adversas el adicto tendrá una capacidad sorprendente para convertir los *espacios* en *ámbitos*, la desesperación en esperanza.

Este es el dilema que polariza las luchas ideológicas de todos los hombres y de todos los tiempos: construir al hombre o destruirlo. Desde la perspectiva existencial-ambiental: construirse o destruirse. Ahí están todos los esfuerzos humanos condensados. El sentido de la vida empieza cuando se empieza a vivir. El binomio **muerte-vida** está presente en el aire que se respira. Es el binomio **construcción-destrucción**, cuyo fundamento último es la libertad. El hombre es libre para decidir andar por caminos de muerte o por caminos de vida. Es cierto que, entre ambos caminos, hay multitud de sendas, atajos y vericuetos, pero sobre todo es cierto que el hombre tiene que “hacer el camino al andar”. Es preciso caminar. Y caminar, como escribió poéticamente Romano Guardini, es una forma de vida.

La impresión que le produjo a Abraham Maslow el conocimiento de los Centros de rehabilitación de toxicómanos, la expresa en esta confidencia: «Un amigo mío, que se interesa mucho por Synanon, me habló de un toxicómano que había estado en esta clase de terapia, y por primera vez en su vida, había tenido una auténtica vivencia de intimidad, amistad y respeto. Esa fue su primera experiencia de sinceridad y franqueza y, por primera vez en su vida, sintió que podía ser él mismo y que nadie le mataría por ello. Era maravilloso: cuanto más él mismo era, más le querían. Y dijo algo que me afectó mucho. Estaba pensando en un amigo a quien apreciaba mucho, y creía que una terapia así le haría bien, y dijo algo que parecía totalmente descabellado: “es una pena que no sea toxicómano porque entonces podría venir a este maravilloso lugar“. En cierto sentido, esto es una pequeña utopía, un lugar fuera de este mundo donde existe la verdadera sinceridad, honestidad y el respeto que implica, así como la experiencia de un verdadero grupo que trabaja como un equipo» (1987: 273).

Sólo le es posible salir de la esclavitud existencial al hombre adicto cuando orienta su vida hacia una *filosofía del sentido* y se esfuerza en dejarse penetrar por el valor de las posibilidades de encuentro con los demás. El sentido de su vida y su vida interior dependen de que tenga una idea clara de cuál debe ser el entorno en el que va a moverse, que alimente su esperanza, que impulse su voluntad de vivir y le ofrezca posibilidades para realizarse plenamente como persona.

Ahora estamos en mejores condiciones de entender que *droga* es todo lo que esclaviza al hombre, no meramente una sustancia. Cuando una persona cae en las redes de la adicción, terminará por ser adicta a todo: al dinero, al sexo, al poder, a las drogas. Incluso el deporte y el mismo arte se pueden convertir en esclavitudes. La misma fuerza liberadora de la música, por ejemplo, puede desembocar en una “borra-

chera” de sensaciones que en principio tanto le parece exaltar a la persona. Si no es posible pasar de los momentos de fuerte éxtasis que le proporciona la música, a la vida cotidiana, en la que debe aplicarse al trabajo, la música se convertirá en una sutil forma de alienación, de evasión, de neurosis. Lo mismo cabe decir de cualquier afición o hobby, en principio saludable, el cine, la televisión, las discotecas, las novelas. El término quizás que mejor expresa estas adicciones es el concepto de devorar. Decimos “devorar” novelas, películas, cine, tv., etc. El devorador de novelas, por ejemplo, se contenta con que una figura de ficción haga lo que él desearía hacer, o el devorador de televisión que se entrega al vértigo de “matar” el tiempo, a ver dejar pasar la vida entre sus manos. Pero igualmente destructivo es el fenómeno contrario: la velocidad. La velocidad también se utiliza para huir del vacío interior. El tiempo acelerado es el intento inútil de liberarse por sí mismos de la frustración existencial. Una búsqueda febril, sin concederse un solo minuto de reposo: es el vértigo de la velocidad.

Es la frustración existencial la que produce estas conductas neuróticas, y no al revés. Lo mismo sucede con la llamada “enfermedad del directivo”, quien trata de llenar la frustración existencial mediante el trabajo. Es la sustitución de la “voluntad de sentido” por la “voluntad de poder”, sustituye el ideal de la creatividad por el ideal del dominio. Trabaja para ganar más dinero, para tener más poder, para seguir trabajando, para seguir ganando más dinero... y así en una espiral vacía de sentido. Dejarse abismar por el trabajo, dice Fizzotti (1994) “es una actividad por la actividad, con el único fin de aplacar la frustración existencial o de ahuyentar el vacío interior. Pero, mientras ellos no tienen tiempo libre para nada, porque cada uno de sus segundos está dedicado a su sed de ganancias, sus mujeres sufren de manera acentuada el vacío existencial, ya que no saben cómo ocupar tanto tiempo libre. Entonces se refugian en los encuentros con otras mujeres igual de aburridas para tratar de sofocar el vacío interior” (49).

De todo ello concluimos que la razón profunda, la fundamentación filosófica del fenómeno de las adicciones hemos de buscarla en la nostalgia del hombre por el mundo infrahumano. El drogadicto busca la felicidad en el mundo infracreador, propio del animal, el vegetal y el mineral, que responde sólo a la parte instintiva que deja de lado la elección razonada, entre otras cosas porque le es más cómodo no pensar. Por eso se destruye: porque no piensa. Y por eso la nostalgia del mundo infracreador le lleva a entregarse a todo tipo de experiencias destructivas, como la embriaguez y las adicciones. Pero no puede hallar la felicidad donde es imposible la vida creativa. La creatividad será la palabra clave de su nueva existencia.

A mediados de siglo, Antoine de Saint-Exupéry escribió en su obra *Citadelle* esta profunda sentencia: «Los hombres dilapidan su bien más preciado, el sentido de las cosas». Efectivamente, malgastar el sentido de las cosas es una de las claves más eficaces para comprender las decepciones profundas de las personas adictas a cualquier tipo de droga. La adicción a la prisa, a la ambición, al poder, al placer, al relax extremo y otros semejantes, constituye la base inequívoca para entender el proceso de destrucción de la personalidad hasta convertirse en *adicta*.

La conducta adictiva lanza al hombre al vacío de la soledad personal, en primer lugar, y al vacío de la soledad de los demás en segundo lugar, porque efectivamente la mayoría de los drogadictos son “camellos” a la vez. Es decir, de alguna forma también necesitan de la destrucción de los demás. De manera que nos viene bien aquí recordar lo que Frankl (1993) dice a propósito de que «si alguien nos preguntara sobre la verdad de la afirmación de Dostoyevski que asegura terminantemente que el

hombre es un ser que puede ser utilizado para cualquier cosa, contestaríamos: “Cierto, para cualquier cosa, pero no nos preguntéis cómo”» (27).

Qué espera el ex-adicto de la vida, es el requisito ineludible para comenzar la tarea de darle sentido a su existencia. La mayoría de los trastornos que padeció cuando era adicto le vinieron de la pérdida del sentido de la propia existencia. Por tanto, recuperar el sentido de la vida, y el sentido de la realidad será la condición sin la cual no podrá salir del arrabal.

Para comprender todo esto es necesario analizarlo a la luz del ideal humano, porque en cada instante nos encaminamos hacia uno u otro camino según sea el ideal que adoptemos en nuestra vida. López Quintás (1993 a) estudia así el fenómeno del ideal: «Una vida sin ideal y sin sentido es una vida vacía. El *ideal* no se reduce a una *mera idea*. Es una *idea motriz*, una idea que encarna un valor tan alto que polariza en sí—como una clave de bóveda— los demás valores y es asumido por nosotros como valor supremo a realizar en la propia vida» (53).

La razón por la cual las gentes normales conservan su capacidad de hacer frente a las circunstancias difíciles incluso las adversidades límites y no recurren a las adicciones, es porque tienen un ideal por el cual merece la pena luchar. Tienen objetivos, tienen sentido sus vidas.

Justamente en los momentos más adversos es cuando el ideal actúa a modo de fuerza esperanzadora: «A pesar del primitivismo físico y mental imperantes a la fuerza, en la vida del campo de concentración aún era posible desarrollar una profunda vida espiritual. No cabe duda que las personas sensibles acostumbradas a una vida intelectual rica sufrieron muchísimo (su constitución era a menudo endeble), pero el daño causado a su ser íntimo fue menor: eran capaces de aislarse del terrible entorno retrotrayéndose a una vida de riqueza interior y libertad espiritual» (Frankl, 44). Esta intensificación de la vida interior es la que ayuda al ex-adicto a resguardarse contra el vacío, la desolación y la pobreza espiritual de su existencia, devolviéndole a una existencia de persona ante sus ojos.

Su ideal es una meta a conseguir en el futuro, y esta meta está ya en el presente impulsando su existencia. ¿Hacia dónde le impulsa? Decididamente le llevará hacia la creatividad y la unidad. Cuando orientaba su vida hacia un ideal de soledad, se producía en él una especie de cortocircuito en su ánimo que le provocaba una radical inseguridad.

Mientras cabalgaba en la droga en “la calle”, el adicto era un número dentro de una masa impersonal, que lo explotaba sin tener en cuenta sus problemas personales, que vivía engañado corriendo detrás de los alagos sensoriales, esto es, superficiales. Pero experimentó que todo este conjunto de experiencias al final le dejaron desnudo ante el vacío y la nada. La filosofía y la literaturas del absurdo (Camus, Sartre, Beckett,...) tan espléndidamente nos han puesto al descubierto el problema del sin-sentido de la vida para el hombre cuando éste no le encuentra sentido. Justamente esa experiencia de vacío no es más que un modo negativo de protesta y de repulsa de una civilización que debería servir al hombre, pero que lo ahoga en sus aspiraciones más profundas y más personales.

Sin embargo, a menos que la tendencia adictiva de la persona se “cure” interiormente y en lo más profundo de sí mismo, la reincidencia en la droga —o en otra nueva— suele ser inevitable». O bien el adicto puede continuar ejerciendo un esforzado dominio sobre su adicción durante, teóricamente, el resto de su vida. Pero también en este caso, si no cura su enfermedad interior, lo más probable es que siga sufriendo el dolor emocional que lo llevó a buscar cambiar su estado de ánimo en pri-

mer término» (Washton, 44). Lo definitivo sería saber que cualquier adicto, por el hecho de ser persona, dispone siempre de la posibilidad de abandonar definitivamente el consumo de drogas y de conseguir una identidad personal y autónoma, que le permita integrarse positivamente en la sociedad a todos los niveles. Digamos una y mil veces que todo adicto, por más bajo que haya caído, puede rehabilitarse, con tal de que cambie el ideal en su vida y desde lo más profundo de sí mismo.

Cuando el adicto se enfrenta a la fatalidad, en realidad ahora está ejercitando al máximo su libertad personal, ya que aún le queda la decisión final de aceptar su destino con entereza, frente a la alternativa de caer en la desesperación. «En cada momento de nuestra vida —dice R. Alvarez— tenemos que ejercer la libertad personal de decidir entre hacer y no hacer, entre amar y permanecer en nosotros mismos, entre aceptar la adversidad o rendirnos a ella» (1993: 182). Y en la medida en que llegue a aceptar su final, puede aún dar sentido a su existencia, ya que ésta continúa hasta el último aliento de su vida.

En la droga el *hombre adicto* se separa radicalmente de todo, pero en el mismo momento, la actitud de esperanza le pone de nuevo en una relación positiva con las cosas que están transfiguradas. Su auténtica liberación es posible cuando reconoce su error y su culpa, en una especie de movimiento de vuelta hacia esa trascendencia que habita en el fondo de su ser “más íntima que su propia intimidad” (S. Agustín). Entonces, cuando se queda desnudo, sin artificios ni rodeos, sin más mentiras ni engaños, aparece ante sí mismo en la verdad de su ser, y brota el sentido de su existencia y de las cosas. “Todo hombre —escribe Lafrance— lleva un misterio en su alma, su propio misterio, que es el de su nombre particular. Toda su angustia es conocer ese nombre, su misión, su sentido. Pero no se descubre mediante introspección, ni a base de discursos racionales, sino dejándose interpelar en el fondo del ser, para desposeerse de sí mismo. Ahí tocamos las raíces más profundas de nuestra libertad” (1991: 82).

La esperanza o la desesperación son actitudes totalmente opuestas en la experiencia del adicto y forman parte de su existencia íntima y deciden su vida: «Los que conocen la estrecha relación que existe entre el estado de ánimo de una persona —su valor y sus esperanzas, o la falta de ambos— y la capacidad de su cuerpo para conservarse inmune, saben también que si repentinamente pierde la esperanza y el valor, ello puede ocasionarle la muerte» (Frankl, 1993: 77).

El ideal del dominio de nuestra sociedad se caracteriza por entender al hombre de forma individualista y competitivo, como ser capaz de generar riqueza y consumirla. Esta es la ideología real y habitual subyacente en todos los ámbitos de la vida: cultura, política, economía, etc., que empobrece y reduce al hombre a medio para... trabajar, tener, consumir, en una loca carrera hacia no se sabe bien dónde, y como bien dice aquel viejo aforismo “quien no sabe a dónde va, acabará en otra parte”. En este contexto existencial absurdo se entiende perfectamente bien la lógica salida hacia el consumo de droga, y que ésta se haya convertido en una mercancía de primera magnitud económica en el mundo, por su amplia e intensa demanda (pandemia) como señala Isaac Núñez (1994): «La dinámica del consumismo es universal y el usuario de drogas se considera con perfecto derecho a probar y consumir cualquier sustancia que le produzca satisfacción, igual que ocurre con la adquisición generalizada de tantos otros productos innecesarios, superfluos o, incluso, nocivos» (13).

Esta actitud generalizada conlleva la reducción del hombre a la condición de objeto, tan denunciada por la mejor reflexión filosófica y antropológica del presente siglo. Un reduccionismo humano que pasa por no tener en cuenta la dimensión más creativa

y espiritual del hombre, la propia realidad personal, su afectividad, su comunicación interpersonal, su libertad-responsabilidad, su pertenencia comunitaria y social, su solidaridad, etc, experiencias existenciales imprescindibles para su desarrollo cabal.

Este vacío existencial, concluimos, es la causa profunda que lleva al hombre a convertirse en adicto. Una sociedad competitiva, basada en las relaciones económico-consumistas de individuos solitarios e insolidarios, produce un vacío y frustración existenciales que le llevan al hombre a buscar en la droga un sucedáneo de satisfacción personal. “Es una forma de huir del propio malestar existencial, una fuga de la responsabilidad y del esfuerzo necesario en la vida” (Núñez, 13).

Pero supongamos que afirmamos lo siguiente: un drogadicto por muy bajo que haya caído conserva su dignidad de persona. Si no fuese así, la pena de muerte para él estaría justificada. Justamente en esa dignidad radica la esperanza humana. Comparemos ahora esta afirmación con la siguiente de Frankl: «Un individuo psicótico incurable puede perder la utilidad del ser humano y conservar, sin embargo, su dignidad. Tal es mi credo psiquiátrico. Yo pienso que sin él no vale la pena ser un psiquiatra. ¿A santo de qué? ¿Sólo por consideración a una máquina cerebral dañada que no puede repararse? Si el paciente no fuera algo más, la eutanasia estaría plenamente justificada” (1993: 127).

«De todo lo expuesto debemos sacar la consecuencia de que hay dos razas de hombres en el mundo y nada más que dos: la “raza” de los hombres decentes y la raza de los indecentes. Ambas se encuentran en todas partes y en todas las capas sociales... ¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre *decide* lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo es el ser que ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración» (Frankl, 87).

Afortunadamente, el proceso que lleva a la auto-destrucción del hombre, por sí solo, no tiene la última palabra sobre su destino. La persona que ha descendido por la pendiente de las adicciones, y de forma especial aquella que ha “tocado fondo” al límite, puede hacer la experiencia de la esperanza. El hombre adicto también puede dejar el arrabal para llegar a descubrir, quizá por primera vez en su vida, que es persona. Si lo consigue de verdad podrá decir, como le dice el piloto al beduino que le da agua en el desierto, que está salvado: «En cuanto a ti que nos salvas, tú te borrarás sin embargo para siempre de mi memoria. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No me has visto nunca y ya me has reconocido. Y a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres” (Saint-Exupèry, *Tierra de hombres*).

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAREZ, R. (1993) *Trastornos psicológicos cotidianos*, Santander: Ed. Sal Terrae.
- ALLPORT, G. (Prólogo a la obra de V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*) págs. 7-10. Véase FRANKL.
- BAO, F. (1993) *Sinceros con nosotros mismos (psico-pedagogía del sentido)*, Barcelona: Ed. Clie.
- DURAND-DASSIER, J. (1994) *Psicoterapia sin psicoterapeuta*, (2 edic.) Madrid: Marova.
- ELLIS, A. (y otros), (1992) *Terapia racional-emotiva con alcohólicos y toxicómanos*, Bilbao: Desclée de Brouwer.
- FIZZOTTI, E. (1994) *Para ser libres (logoterapia cotidiana)*, Madrid: Ed. San Pablo.
- FRANKL, V. (1993) *El hombre en busca de sentido*, (15ª edic.), Barcelona: Herder.
- GEVAERT, J. (1987) *El problema del hombre (Introducción a la antropología filosófica)*, (7ª edic.), Salamanca: Ed. Sígueme.
- LAFRANCE, J. (1991) *Ora a tu Padre*, (6ª edic.), Madrid: Narcea.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. (1991) *El amor humano, su sentido y su alcance*. Madrid: Edibesa.
- (1993 a) *La cultura y el sentido de la vida*, Madrid: PPC.
- (1993 b) *La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis*, Madrid: Ed. Claretiana (2ª edic.)
- (1994) *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*. Madrid: Ed. Asoc. Progreso Ciencias Humanas.
- LOWEN, A. (1993) *Miedo a la vida (cuerpo y mente en busca de su autenticidad y plenitud)*, Buenos Aires: Ed. Era Naciente.
- LUKAS, E. (1983) *Tu vida tiene sentido. Logoterapia y salud mental*, Madrid: Ediciones SM. (Prólogo de Viktor Frankl).
- MARROQUIN, M. (1991) *La relación de ayuda en R. Carkhuff*, (2ª edic.) Bilbao: Ed. Mensajero.
- MASLOW, A. (1987) *La personalidad creadora*, (3ª edic.), Barcelona: Kairós.
- NUÑEZ, I. (1994) *Ante el debate actual sobre la drogodependencia*, (folleto), Madrid: Ed. Asociación Proyecto Hombre.
- RUSK y READ, (1990) *Quiero cambiar pero no sé como*, (3ª reimpr.), México: Ed. Diana.
- WASHTON y BOUNDY (1991) *Querer no es poder (cómo comprender y superar las adicciones)*, Barcelona: Paidós.